

la semilla

Insomnes, hambrientas y gritonas, las mandrágoras del invernadero corretean de aquí para allá como tuberculosos hombrecillos de tierra y esquejes verdes. El estruendo que generan es ensordecedor, delirante, y cuando tenemos que entrar en el cobertizo a recoger ejemplares y llevárselos a Ermitaña utilizamos cascos de protección en los oídos. Para no caer en la locura.

Ermitaña prepara unos ungüentos buenísimos y sus recetas curan y alivian todo tipo de males. Además, contienen propiedades afrodisíacas y aumentan la fertilidad. De hecho, últimamente solo nos llegan encargos de personas con problemas de índole sexual. Nosotros somos discretos y no hacemos más preguntas de las necesarias, y al final los clientes siempre vuelven agradecidos porque los brebajes funcionan. En cambio, aquel botánico rechoncho y de piel asalmonada se empeñó tanto en saber cómo las sembramos que no tuvimos más remedio que amordazarle y quitarle los pantalones. Para que experimentara en su propia piel la naturaleza perversa y despiadada de estas criaturas.

Cuando alzó la vista y sus ojos se enfrentaron al imponente roble que bajo sus pies ensombrece el campo de cultivo, quizá tuviera la certeza de que una vez ahorcado, su última eyaculación serviría de abono para una nueva generación de mandrágoras.